

conocimientos como el Sr. González Serrano por «educación facticia que saque violentamente á la mujer de su medio adecuado.» No me sorprenderá (¡qué había de sorprenderme!) el que para el señor González Serrano sea facticio y violento en la mujer lo que es natural, honroso y racional en el hombre. Repito que estoy á prueba de sorpresas. De fijo que el Sr. González Serrano tiene á su compañero de profesión y de glorias y fatigas en el cultivo de la metafísica, el Sr. Orti y Lara, por un inquisidor tremebundo. Pues no me admiraría que el Sr. Orti y Lara, preguntado acerca de la capacidad amistosa de la mujer, respondiese: «Ya se ve que creo en ella. Me basta recordar la nobilísima y celestial afición de Santa Teresa á San Juan de la Cruz...»



LA FE,

NOVELA DE ARMANDO PALACIO.

POR esta vez el escritor asturiano ha sabido elegir con más tino y cautela eso que llaman el *medio*. Los desaciertos evidentes y los trazos de brocha gorda de *La Espuma* eran debidos al propósito de retratar de memoria un mundo que los Colones intuitivos de la novela nombran Eldorado, Cipango ó Catay, y describen con tan fantásticos tonos como describían á América, antes de verla, sus futuros descubridores.—Árdua es la navegación del gran mundo, y en cambio familiar y practicada mil veces la del pueblecillo chico de provincia, sea de la costa ó del interior, y Pereda y Armando Palacio han entonado en distintas novelas ese fondo, siempre con habilidad, soltura

y entonación verosímil. Digo verosímil, porque no me parece hacedero ir recorriendo uno por uno los pueblecillos de Asturias ó de Santander para cerciorarnos de si efectivamente alientan semejantes tipos y perseveran tales costumbres; pero así como la más leve tintura del trato social madrileño bastaba para descubrir las incongruencias de *La Espuma*, la más corta residencia en poblaciones análogas á Sarrió y Peñascosa demuestra la exactitud de las observaciones de Palacio en lo referente á casinos, festejos, clero, farmacias, periodiquillos, tipos y caracteres.

Si en *La Fe* no se estudiase otra atmósfera sino la local, podríamos repetir á boca llena la felicitación que ya mereció hace años el autor de *El cuarto poder*. Pero en *La Fe* hay dos ambientes: el externo, en que se mueven y accionan los personajes, y que es el de una villita costeña modestísima, y el interno, que es el de las más altas especulaciones filosóficas y los más arduos problemas religiosos. Y

falta saber si en esta esfera intelectualmente elevada las dotes del novelista pensador se afirman como se afirmaron en la de la realidad vulgar las del observador minucioso y diestro.

Así como *La Espuma* era hija, hasta en sus errores, de *La Montálvez*, puede decirse que *La Fe* procede directamente de *Ángel Guerra*. Esta influencia de los maestros en los discípulos, de los mayores en los menores, tiene tanto de natural como los parecidos en las familias. El pensamiento individual se moldea y adapta á las sutiles pero irrecusables imposiciones del pensamiento general. Por eso hacen sonreír á veces los alardes de independencia y las protestas contra *escuelas* y *métodos*, de tan gratuita jactancia como podrían ser los arranques del pez que se alabase de respirar muy á gusto fuera del agua. En el alcance de la palabra *escuela* está el *quid*. Habrá que escoger y adoptar otro vocablo que, sin lastimar las pretensiones de originalidad de los autores, exprese esa inevitable fuerza á que todos

obedecen: las *corrientes* de una época literaria....

Corre hoy el agua por el cauce del realismo espiritualista. Se ha iniciado la acción, primero en Francia, al influjo de la novela rusa, y después aquí (donde el terreno estaba mejor preparado, porque no tenía el naturalismo sistemático antecedentes tan gloriosos). Recortada y sucinta la descripción, entrelazado con la acción formal un problema de orden psicológico ó una sátira acerba de las costumbres en nombre de las creencias religiosas, ó solamente de la moral privada, la novela hispana ha vuelto á situarse en el terreno que le señalara Alarcon en *El Escándalo* y *El Niño de la Bola*. No diré que no llegue á él enriquecida por grandes conquistas en los dominios de la experimentación y de la verdad en el conocimiento de los caracteres: sólo aseguro que á él regresa, como viajero que habiendo abandonado por espacio de muchos años su hogar y casa solariega, al entrar en ella de nuevo adorna las pare-

des y amuebla las estancias con objetos curiosos de países lejanos....

Volviendo á *La Fe*, que da ocasión á estas consideraciones, repito que la misma ola que impulsó á Galdós á estudiar en Toledo la crisis religiosa de un alma, lleva hoy á Armando Palacio á Peñascosa, pueblecillo de la costa cantábrica, á estudiar los fenómenos del descreimiento y de la duda en dos hombres: un clérigo y un seglar, el hidalgo Álvaro Montesinos y el presbítero Gil Lastra.

Gil Lastra es un curita joven, dulce, casto, modesto, creyente. Las señoras de Peñascosa le han dado por caridad la carrera, y á sus buenos oficios debe la coadjutoría, que desempeña de un modo ejemplar.—Álvaro Montesinos es un hidalgo educado rígidamente, maltratado por la naturaleza, que encerró su alma en un cuerpo feo y raquítico, y chasqueado por el amor y el matrimonio, pues su mujer se le ha huido con un sietemesino, llevándose de viático treinta mil pesos. Con tal desengaño, D. Álvaro se ha vuel-

to un empecatado pesimista, y hasta sería enemigo personal de Dios, si no fuese que, en su opinión, Dios no existe.— Una circunstancia casual pone en contacto al ateo y al creyente: Gil intenta convertir á Montesinos, y, prendiéndose en sus propias redes, contrae la enfermedad de la duda leyendo los libros de donde quiere sacar textos para convencer al desesperado. Lucha con la tentación; y cuando ya se cree vencido por ella, de pronto, y sin explicación satisfactoria, recobra la fe, y con la fe la alegría y la paz del alma.

Tal es el asunto *moral* de la novela de Armando Palacio. El asunto formal tiene más enredo: hay una pseudo beata histérica, que se llama Obdulía, y que, según el patrón oficial de las devotas de novela, se enamora perdidamente de su joven director, le tiende toda clase de lazos, y, por último, en un arranque de despecho, le acusa de haber atentado contra su pudor y le hace condenar á presidio. Esta figura, que ocupa con sus dichos y hechos

la mitad de la novela, me parece, sobre muy conocida y hartamente manoseada ya, en extremo desagradable, y hacia el final puede decirse que echa á perder el libro, y desfigura el carácter del sacerdote con una escapatoria increíble y absurda. Imagínense Vds. que la devota, la cual tan pronto parece enferma y enajenada como embaucadora ladina, hace creer al Padre Gil, su confesor, que siente irresistible vocación monástica y que necesita burlar la oposición de su padre á que entre en el convento, huyendo de Peñascosa y dirigiéndose á ingresar en uno de Carmelitas existente en Astudillo; y para realizar este intento, reclama la compañía del mismo Padre Gil, quien ha de cooperar á una fuga que se parece á un rapto como un huevo á otro huevo.— Inconcebibles se me figuran varias cosas. Primera: que el Padre Gil no se hubiese hecho cargo, según mil detalles anteriores que el novelista refiere, de que la devotita sentía hacia él pecaminosa y violenta inclinación. Por inocente que finjamos al Padre Gil, la

práctica del confesonario y las murmuraciones del pueblo tenían que haberle quitado de los ojos las telarañas, haciéndole exclamar, ante ciertos transportes de su penitente:

«Pues por amor lo entendiera
El menos entendedor.»

Y dado y no concedido que fuese tan bobalicón el Padre Gil, ¿cómo no se le ocurrió siquiera, al arrojarse á la grave acción de sacar de su casa á una doncella contra la voluntad de su padre y llevársela á un distante convento, cómo no se le ocurrió, decimos, buscar para su conducta alguna garantía, escribiendo á la Superiora y avisándola de que muy pronto llamaría á sus puertas para entregarle una novicia? No suelen los eclesiásticos dejar sin atar estos cabitos. Con tan sencilla precaución bastaría para deshacer la maraña, averiguándose que no existía semejante convento en Astudillo, que todo era un embuste de la maligna histórica. La Iglesia, que siempre recomienda

unir á la inocencia de la paloma la prudencia de la serpiente, diría del Padre Gil que había obrado como muy fanático y necio.

Y si inverosímil es toda esta parte del asunto considerando al Padre Gil como consideraríamos á un sacerdote cualquiera, resalta más la inverosimilitud atendiendo al estado especial de ánimo en que el novelista coloca al Padre Gil á tiempo que realiza la escapatoria con la devota. Ésta ocurre precisamente cuando el sacerdote está fluctuando en el mar de la duda; cuando anda sumido en un piélago de confusiones, dando vueltas al idealismo trascendental y rumiando si la vida será un sueño, una pura representación de su pensamiento, con otras cavilaciones no menos arduas. Siendo el Padre Gil hombre recto y bien intencionado, ¿no habrían de influir sus dudas en sus obras y resoluciones? Cuando se extinguía la fe religiosa en su alma, ¿había de acometer la insensata empresa de robar del hogar paterno á una joven, expo-

prender mejor lo que intento significar? Pues léase á Pablo Bourget, y nótese en tan eminente artista, hasta cuando traza novelas amorosas ó cuadros de tocador, la presencia de la intensa educación filosófica, la perpetua aplicación de los principios, el enlace riguroso de las deducciones, la lógica victoriosa de los caracteres, todo lo que ha servido de fundamento á su reputación de psicólogo.—No está en este caso Armando Palacio. No diré que no haya abierto en su vida un libro de filosofía, pero se ve que sólo los ha abierto á ratos, y tal vez los que acaba de hojear, para el caso concreto de su novela *La Fe*, no han calado más allá de la epidermis de su entendimiento. Á Schopenhauer, verbigracia, se colige que le ha entendido como le entiende la turbamulta de lectores, modo de entender que en concepto de Wagner es síntoma elocuente de lo que se ha debilitado en nuestros tiempos la inteligencia, puesto que el sistema de Schopenhauer es clarísimo, y no conduce á la desesperación, como cree el

vulgo, sino á un término de esperanza completamente acorde con las más sublimes afirmaciones religiosas.

Si estas observaciones reducen á sus justos términos lo que en *La Fe* puede corresponder al mérito del pensador, y señalan el límite máximo de la trascendencia de la obra, no van contra el novelista propiamente dicho, el cual ha sabido entretener y hacer agradable la lectura. *La Fe* no es pesada ni soporífera, sobre todo en la parte narrativa, y repito que un episodio, el de la llegada de la esposa de Montesinos, merece elogios incondicionales. El lenguaje y estilo de *La Fe* son menos incorrectos y desmadejados que en *La Espuma*. Armando Palacio siempre escribe un poquillo *a la diable*, pero en todo hay su más y su menos. En suma: una novela muy amena, muy dentro de *las corrientes*, y que acrecentará la reputación y el público de lectores que con justicia posee el autor de *El idilio de un enfermo*.

